



## Antiguas y nuevas nostalgias. Entre desengaño socialistay desafección democrática

### Old and New Nostalgia. Between Socialist Disappointment and Democratic Disaffection

*Paola Vázquez Almanza\**

Recibido: 14/07/2022 | Aceptado: 31/08/2022

#### Resumen

El objetivo de este artículo es debatir dos tipos de nostalgias políticas que actualmente obscurecen las reflexiones en torno a movimientos antipolíticos y antidemocráticos (nacionalismos y populismos). Se recupera la teorización sobre la nostalgia realizada por Svetlana Boym (2001) para argumentar la existencia de una nostalgia derivada del fracaso socialista del siglo XX, pero también para exponer la gestación de una nostalgia más reciente ligada a la decepción con los procesos de liberalización democrática y económica ocurridos en los años noventa. Como conclusión, se plantea la necesidad de analizar críticamente el significado de estas nostalgias para no caer en reduccionismos infructuosos que sigan frenando la renovación de nuestro imaginario político.

**Palabras clave:** nostalgia, populismo, socialismo, democracia, transición democrática

#### Abstract

The aim of this article is to debate over two types of political nostalgia that currently obscure reflections on anti-political and anti-democratic movements like nationalism and populism. It recovers the theorization about nostalgia made by Svetlana Boym (2001) to argue the existence of a kind of nostalgia derived from the socialist failure of the twentieth century, but also to suggest the presence of a more recent nostalgia linked to the disappointment with the democratic and economic liberalization of the nineties. The article suggests the need to critically analyze the meaning of these nostalgias to renew our political imaginary.

**Keywords:** nostalgia, populism, socialism, democracy, democratic transition

---

\* México. Doctora en Ciencias Sociales y Políticas. Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, Universidad Nacional de México (UNAM). Este texto fue realizado durante el segundo año de estancia posdoctoral en el CEIICH, UNAM. Contacto: paovaal@gmail.com

## I

Normalmente, hacemos referencia a la caída del Muro de Berlín para hablar de uno de los más profundos cambios político-sociales que implicó una transformación de la visión del mundo que se tenía. Y si bien la desaparición del régimen soviético es un punto de no retorno en términos históricos, este hecho fue sólo el síntoma más visible de una serie de procesos políticos y cambios sociales que tenían décadas en gestación y que coincidieron, y terminaron de articularse, a finales de la década de los ochenta. Por un lado, en el plano de la política cultural, el desencanto y subsecuente fracaso del proyecto socialista coincidió en el tiempo con las críticas posmodernas a cualquier pretensión de la verdad, el descrédito de las metanarrativas, la crítica a la autoridad y a las formas tradicionales de pensar al individuo.

Este contexto, a su vez, se entrelazó con el cambio social que comenzó en los años sesenta y que también sería evidente para la década de 1980. Me refiero a la denominada “Revolución Silenciosa” teorizada por Ronald Inglehart (1997), y cuya premisa básica era que las generaciones posteriores a la Segunda Guerra Mundial, que crecieron en un periodo de estabilidad mínima y seguridad bajo el abrigo de un Estado Benefactor, dejaron atrás los valores “materialistas” (seguridad física y económica) y adoptaron prioridades “postmaterialistas” (calidad de vida y autoexpresión).

La desilusión con el proyecto socialista, el posmodernismo y la revolución silenciosa serán fenómenos con mucho en común. Por ejemplo, se alimentan de las mismas condiciones históricas y comparten un diagnóstico similar: el Estado es una forma de autoridad que oprime al individuo con normas y valores tradicionales, metarrelatos y barreras que no le permiten desarrollarse plenamente. Y la meta compartida será cuestionar y transformar esa figura estatal en pos de la libertad individual. Es interesante observar cómo esta crítica política al Estado engarzó muy bien con otros procesos paralelos, como la liberalización económica y las transiciones democráticas. La búsqueda de libertad individual, aunada a los nuevos horizontes que dibujaban los avances tecnológicos, fue muy útil para que la mayoría de las personas recibieran sin grandes resistencias la liberalización económica y la integración de los mercados internacionales.

Como describe Fernando Escalante (2015) en su *Historia mínima del neoliberalismo*, al proyecto neoliberal le tomó décadas consolidarse, siendo la realización del *Coloquio Walter Lippmann* en 1938 un primer intento de posicionar dicha visión del mundo. Tan sólo pocos años después de este encuentro se publicó *The Road to Serfdom*, de Friedrich Hayek (2005), un libro que rápidamente se convirtió en clásico. Esta obra toral del neoliberalismo denuncia el abandono de la libertad económica en manos de un Estado intervencionista. Sin libertad económica, afirma Hayek, no puede existir libertad política ni individual.

Sin embargo, pese a estos primeros esfuerzos, el programa político y cultural neoliberal no encontró el eco necesario para imponer su diagnóstico de la realidad. Dicha falta de resonancia durante el periodo de Posguerra se debió en gran medida a que, hasta la década de 1980, la figura del Estado “benefactor” y “regulador” generó cierta estabilidad económica, garantizó movilidad social y desarrollo. Pero para los ‘80 se fueron haciendo más constantes las crisis económicas y la imagen positiva del Estado fuerte se fue diluyendo. Este pasó de ser un generador de estabilidad a transformarse en una fuente

de derroche y de oportunidades perdidas; una concepción que terminaría empatando con los procesos político-culturales que he mencionado previamente (fracaso del proyecto socialista, posmodernismo e individualización).

Bajo este escenario, parecía que el mundo de los '80 daba tardíamente la razón a Hayek (2005), y llegaba a la conclusión de que el Estado proteccionista era el obstáculo principal en la búsqueda de todo tipo de libertad. Como sugiere Fernando Escalante (2015): “Las victorias políticas del ideario neoliberal obedecen en buena medida a una transformación en la manera de ver el mundo” (p. 141). Y en este nuevo contexto, la solución más “racional” a los problemas de la sociedad (en especial en lo referente al ámbito económico) y el deseo de alcanzar las libertades individual y política, se encontraba en el programa neoliberal.

Para 1989 se habían escrito miles de libros que teorizaban, e incluso profetizaban, el tránsito del capitalismo al socialismo. Por ello, la caída del Muro de Berlín será un golpe inesperado para quienes que jamás se habían imaginado que fuese necesario especular sobre el tránsito inverso, es decir, del socialismo al capitalismo. No es exagerado afirmar que la desaparición de la URSS sacudió el piso de sentido en el terreno político, trastocando las nociones que se tenían hasta entonces de Estado, individuo, izquierda, derecha, revolución, democracia y libertad. El desconcierto se generalizó, y no es extraño que el historiador inglés Eric Hobsbawm comentara que, al caer el Muro de Berlín, se presenció no sólo “la crisis de un tipo de movimiento, régimen o economía, sino su fin. Se ha mostrado que aquellos de nosotros que creíamos que la Revolución de Octubre era una puerta hacia el futuro de la historia mundial estábamos equivocados” (citado en Alexander, 1995, p. 48).<sup>1</sup> Compartiendo la misma sensación de incertidumbre, François Furet (1995) escribió que a partir de ese momento “la idea de una sociedad diferente se volvió casi imposible de pensar [...] Estamos condenados a vivir en el mundo que vivimos.” (p. 290). Hay en estas palabras una dosis de nostalgia frente al aparente callejón sin salida que dejó el fin de la Guerra Fría.

Sin embargo, otros proyectos políticos y visiones de la sociedad comenzaron a formularse, a pesar de la nostalgia y malestar resultantes del desengaño socialista. A lo largo de la década de 1990 se extendió la esperanza en la democracia capitalista de signo liberal; uno de los soportes estratégicos que utilizó más adelante el programa neoliberal para promover la idea positiva y racional del libre mercado que se popularizaría a lo largo de 1990, y que sería clave para la expresión del “libre mercado” y el neoliberalismo. *El fin de la historia y el último hombre*, título del famoso libro de Francis Fukuyama (1992), describe un poco el espíritu de ese contexto post-muro, un momento en el que se asumió que la caída del socialismo era una demostración irrefutable de que el Estado era el enemigo de la libertad. Así es como ganaría, por descarte, el régimen democrático, un sistema político con muchas carencias, pero que, frente a la “pesadilla totalitaria”, probaba ser la segunda mejor forma de gobierno. Si bien no era realmente el fin de la historia, sí era el fin de la ilusión socialista nacida con la Revolución Rusa, lo cual menguó la capacidad de imaginar un orden social alternativo. En este ambiente político se impulsó como sentido común la afirmación de que el libre mercado era la única vía para el desarrollo de la sociedad. Y si no la única, al menos sí la más racional, moderna, institucionalizada y confiable. A partir

---

<sup>1</sup> Todas las citas originalmente en inglés están traducidas por mí.

de entonces, liberalización política y liberalización económica parecerán indisociables. De esta manera se superó el vértigo ideológico del mundo post-muro y se instaló el optimismo y la esperanza depositados en un nuevo orden mundial. Cabe mencionar que la confianza en la liberalización política y económica como propulsores de desarrollo, bienestar y libertad se potenció con el proceso de avance tecnológico, que a su vez prometía un mundo modernizado, libre, estable e interconectado. Durante un tiempo, este optimismo estuvo respaldado por hechos: lugares muy distintos del mundo fueron alcanzados por la ola democratizadora, cayendo regímenes autoritarios, dictaduras y totalitarismos. En lo económico, los primeros países en desarrollo que se aventuraron a abrir sus fronteras y mercados (fue el caso de China, México e India) pasaron de tener un ingreso per cápita de 1.488 dólares en 1980 a contar con 2.485 dólares para 1997. En cambio, aquellos que no se integraron en este momento crecieron mucho más lentamente que los países globalizados (Banco Mundial, 2008, p. 31,35,42).

Estados Unidos, como el vencedor de la Guerra Fría se convirtió en el referente político, cultural y económico. Durante toda la década de los noventa gozó de un crecimiento con relativa estabilidad de precios, producción y empleo. Este periodo fue denominado por Ben S. Bernanke, director de la Reserva Federal, como el de “la Gran Moderación”, ya que supuestamente marcó el inicio de una época de estabilidad económica (citado en Escalante, 2015, p. 179). Entre 1981 y 2007 la economía estadounidense no hizo más que expandirse y sólo sufrió breves crisis en 1990 y 2001. Paralelamente, el Estado se redujo, las empresas públicas se privatizaron y toda institución pública (educativa, de salud y asistencia social) sufrió importantes recortes de los que no se recuperaría. Estas fueron las reformas que los demás países adoptaron.

Si la edad dorada del capitalismo fueron las décadas de 1950 y 1960 (en las que se forjaron los mitos del trabajo estable y del Estado benefactor), la década de 1990 posiblemente pueda pensarse como la edad dorada del neoliberalismo. Una época que recuperaría cincuenta años después los argumentos de Hayek (2005): el Estado coarta la libertad y frena la iniciativa individual, promoviendo la mediocridad y el estancamiento económico. Y siguiendo esta lógica, ¿cuál sería la solución? Dejar actuar libremente al mercado para permitir un equilibrio automático en la sociedad y una mayor libertad individual.

En su conjunto, los procesos políticos y culturales planteados en este apartado fueron algunos de los componentes del contexto histórico en el que surgieron las promesas de libertad individual y desarrollo económico, y que parecían indicar que no había mejor alternativa que una democracia procedimental dentro de una economía neoliberal. Los avances tecnológicos, la democracia, la globalización y el achicamiento del Estado parecían augurar la llegada de un futuro desmitificado y sin ideologías; un mundo, en apariencia, más racional, tolerante, cosmopolita, libertario y estable. Sin embargo, este optimismo de fin de siglo no tardó en convertirse en otra fuente de desengaño y nostalgia, ya en la segunda década del siglo XXI.

## II

Antes de explicar cómo el optimismo de fin de siglo, que emanó de la liberalización económica y la instauración de la democracia, se convirtió para la segunda década del siglo XXI en una nueva fuente de desencanto, es necesario hablar de una nostalgia que nació en la década de 1990: la nostalgia del proyecto socialista. Svetlana Boym (2001) en el libro *El futuro de la nostalgia* problematizó este fenómeno y lo vinculó con lo político, pero también con lo cultural e identitario. Un elemento clave en el trabajo de Boym es que no reduce la nostalgia provocada por la caída del socialismo a lo ideológico, sino que explora el vínculo emocional, identitario, material y vivencial de ese sentimiento.

Para Boym (2001), el siglo XX se inauguró con una utopía futurista y concluyó dominado por la nostalgia de un futuro que no fue. Nostalgia que se percibe hasta nuestros días y está presente en dimensiones y sentidos sociales muy distintos: la propaganda política de Vladimir Putin, el mausoleo del Mariscal Tito en Belgrado, o el Parque Memento de Budapest. Todas esas estatuas, monumentos y narrativas resignificadas son, para muchos, el fantasma de una promesa incumplida, y dan fuerza a una serie de movimientos sociopolíticos tanto de derecha como de izquierda.

¿Por qué tanta nostalgia por algo que no fue? Recordemos que las generaciones de jóvenes de los años sesenta desafiaron y ampliaron los horizontes políticos, colocando al socialismo en el punto más alto del desarrollo político. Los sesenta fueron años de marchas, huelgas, protestas contra la autoridad e insurrecciones sexuales, feministas, ecologistas, raciales y políticas. El mundo tradicional de los padres sofocaba a una generación de jóvenes que estaban hartos de las costumbres clasemedieras y abrazaban la ideología marxista de la “nueva izquierda”.

Ese sueño jovial de un régimen libertario en algunos años transmutaría en pesadilla totalitaria. Este giro en la evolución del socialismo trastocó la brújula de sentido que orientaba el mundo político y, como expresó Norbert Lechner (2002), un mundo que era familiar se vino abajo y no quedaron pautas de orientación para encontrarse (p. 27). Esta fue la sensación de desamparo que experimentó buena parte de una generación que soñó con la libertad, un sentimiento que poco a poco se transformó en nostalgia. Entre los tipos de nostalgia que estudia Boym (2001) destaca la “nostalgia restauradora”, la cual define como una reconstrucción del pasado que no se ve a sí misma como tal, sino como tradición y verdad absoluta. Esta nostalgia es cardinal para el nacionalismo y extremismo religioso; es el motor creador de mitos de origen y teorías de la conspiración. Se expresa mediante la restauración de monumentos del pasado y la institucionalización de la memoria. Dada su naturaleza, es imposible reconstruirse y buscar alternativas en el presente a partir de ella.

Es muy difícil no caer en la nostalgia restauradora, sin importar que se conozca su carácter nocivo. Por ello no es extraño que a partir de los ‘90 la nostalgia afectara a muchos de aquellos que vivieron bajo un régimen socialista que limitaba la libertad individual para favorecer a la colectividad, pero que también ofrecía una sociedad con un piso mínimo de beneficios que evitaba que la desigualdad fuese tan grave como lo es bajo la democracia liberal. De esta manera, la nostalgia restauradora aplica una pátina que hace que ciertos aspectos del pasado parezcan más luminosos de lo que realmente eran.

Boym (2001) planteo, en su análisis, la existencia de otra especie de nostalgia: “la reflexiva”. Esta, a diferencia de la “restauradora”, puede ser mucho más útil, puesto que reconoce la ambivalencia de la añoranza y de la apropiación humana; no se espanta de sus contradicciones y cuestiona la existencia de una verdad absoluta. Si bien la autora separa estos dos tipos de nostalgia, a mi parecer sería útil pensar a la nostalgia de tipo “restauradora” como un paso previo de la nostalgia “reflexiva”. Desde esta posibilidad, toda nostalgia restauradora podría tal vez convertirse en reflexiva, adquirir conciencia de sí misma y recrearse en las ruinas de un pasado idealizado o soñado para pensar en otras realidades y moverse hacia ellas.

Sugiero esta lectura de los tipos de nostalgia planteados por Boym (2001) para: 1) desdramatizar y comprender el origen de las nostalgias restauradoras que hoy dan pie a movimientos nacionalistas y populistas, y 2) reconocer ciertos rasgos potencialmente nostálgicos en la postura democrática liberal, que busca hacer frente a los movimientos extremistas del siglo XXI mientras crea una narrativa ideologizada de las transiciones a la democracia.

Si bien en la periferia de Budapest se encuentra el Parque Memento, un “cementerio” de esculturas del periodo socialista, en la principal avenida de la misma ciudad está la Casa del Terror, un museo dedicado a ilustrar “la lucha contra los dos sistemas más crueles del siglo XX: el fascismo y el comunismo” (Traverso, 2012, p. 309). Este interesante recinto se encarga de mostrarnos no sólo el aspecto ideológico, político y cultural, también el lado cotidiano de estos regímenes, que quizás sea uno de los elementos que más indeseable hacen parecer la vida socialista. Este museo es un necesario ajuste de cuentas con el pasado reciente de Hungría, con fotos y nombres de los involucrados en ambos regímenes exhibidos en una pared. En el relato plasmado en el museo, estos regímenes políticos nocivos culminaron felizmente con “la victoria de las fuerzas de la libertad y la independencia” (ídem).

Lo paradójico de este recuento de dos cruentos períodos es que se ha convertido también en una narrativa que se puede vehicular políticamente, desde el presente, una advertencia de lo que puede pasar si soñamos con una alternativa a la democracia liberal y al neoliberalismo. Es una crítica a los sueños que se convierten en pesadillas, pero también un freno a la imaginación política y a la búsqueda de un orden social distinto. Asimismo, genera emociones contradictorias y confusas, nostalgia por el pasado comunista, así como nostalgia por ese periodo de liberación política y económica que prometió una mejor vida.

### III

En este apartado me referiré a los sueños democráticos de los años noventa y a las condiciones que posibilitaron que, en el siglo XXI, este optimismo se convirtiese en decepción y, probablemente, en una nostalgia no necesariamente reflexiva.

Si bien con la caída del Muro de Berlín el socialismo dejó de ser una opción política factible, el terreno para la instauración de la democracia llevaba años preparándose. En relación con esto, las acciones de Estados Unidos en América Latina fueron determinantes para las transiciones a la democracia, puesto que retiraron su apoyo a gobiernos dictatoriales

desde finales de los '70. Así, se desplazaron dictaduras por líderes elegidos en las urnas desde 1978, y toda una época de autoritarismos y dictaduras en América Latina se cerró con la salida del poder de Alfredo Stroessner en Paraguay (1989) y de Augusto Pinochet en Chile (1990), así como con la firma de distintos tratados de paz destinados a apagar los conflictos armados de la región.

Es sustancial reiterar que fueron diversas las variables que impulsaron la aceptación del paradigma democrático en América Latina. La democracia como objetivo deseable no sólo fue fruto de reacomodos políticos globales, la desaparición de la alternativa socialista o la promoción de la democracia por parte de organizaciones internacionales. Fue también esencial el agotamiento provocado por la violencia de la dictadura y autoritarismo. Esto hizo más atractiva la búsqueda de un cambio pactado no violento. De este modo, la idea de “revolución” perdió su poder de atracción, reforzando la postura de que la democracia era una opción más moderada y asequible que cualquier otra propuesta de la izquierda o derecha extrema.

Paul Berman (1997), en su libro *The Tale of Two Utopias*, detalla el clima que imperaba en el terreno de lo político a finales del siglo, y que puede ilustrar muy bien cómo se fue transitando del ideal socialista al democrático,

En lugar de las antiguas aspiraciones a la democracia directa y el socialismo revolucionario podía empezar a verse una más alegre apreciación de la democracia liberal, ya fuese al estilo socialdemócrata (para algunos) o al estilo del libre mercado (lamentablemente para otros), pero, en cualquier caso, ambas formas de democracia comprendidas al estilo occidental de las instituciones políticas (p. 6).

La generación del 68 tuvo en su momento una postura mucho más radical y claramente de izquierda, pero con el fracaso socialista se sintió en parte desconcertada, así como deseosa de encontrar nuevos puntos de orientación política. De tal manera, se descartó el socialismo radical, y poco a poco se diluyó también el proyecto socialdemócrata, dejando ello el camino libre a la democracia liberal y capitalista.

Evidentemente, no todos abrazaron acríticamente las narrativas que teorizaban el tránsito del colectivismo (negativo) al individualismo (positivo), pero tampoco había mucho rango de movimiento en el terreno ideológico. El malestar e incertidumbre frente al nuevo panorama político era tal, que tanto promotores como críticos de la democracia liberal concluyeron que este era el único horizonte político deseable. “No hay opciones. Estamos condenados a una democracia, aunque sea liberal” (p. 22) escribió Francisco Zapata (1993).

Jeffrey Alexander (1995), al analizar la teoría social de finales del siglo XX, se percató de que se había reavivado la narrativa emancipadora del mercado, una idea de un mercado racional que no funcionaba correctamente debido a la intervención opresiva de un Estado que no se limitaba a cumplir sus funciones políticas. Esta narrativa positiva del mercado, incluso romántica, engarzó muy bien con las discusiones sobre las transiciones democráticas que se desarrollaban mundialmente a finales del siglo XX.

A modo de ejemplo recupero algunas ideas del diagnóstico político-económico planteado en el *Informe del Desarrollo Mundial de 1997*, y que nos dan una imagen de la narrativa positiva del mercado a la que se refiere Alexander (1995): la confianza en la intervención estatal durante el periodo de la posguerra llevó a que se exigiera su intensificación; las economías industriales ampliaron el Estado del bienestar, y muchos países optaron por estrategias de desarrollo bajo la dirección estatal. Esto llevó a una enorme expansión de la magnitud y alcance de la función del Estado en todo el mundo. El gasto público representa en estos momentos casi la mitad del ingreso total en los países industriales, y aproximadamente la cuarta parte en los países en desarrollo (p. 2).

Se puede percibir en lo anterior una idea de que, durante el periodo de posguerra, se desarrolló un tipo de Estado que llegaba a su fin. Su magnitud y alcance parecía desmedido para la década de los '80; las empresas estatales improductivas eran una carga para las finanzas públicas, y un cambio en el Estado era necesario para reactivar el desarrollo. Frente a este problema, el informe señala que la solución obvia es la privatización, la cual bien administrada generaría “grandes beneficios económicos y fiscales” (Banco Mundial, 1997, p. 7). Además de la privatización, otra medida clave para la redefinición del papel del Estado era la descentralización que, según el informe, estaba “produciendo muchos beneficios en China, la India, gran parte de América Latina y muchos otros lugares” (Banco Mundial, 1997, p. 12). Esta afirmación, ya en la segunda década del siglo XXI será muy cuestionada (Trejo y Ley, 2022).

Lo anterior es un claro ejemplo de la tríada que formaron los procesos de 1) instauración de la democracia, 2) liberalización económica y 3) el avance tecnológico como sustento del optimismo de fin de siglo. Como ilustración de este cruce recupero otro párrafo del informe que parece resumir este fenómeno,

La integración mundial de las economías y la propagación de la democracia han reducido las oportunidades para un comportamiento arbitrario y caprichoso [énfasis añadido]. Los sistemas impositivos, la normativa para la inversión y las políticas económicas deben responder en medida creciente a los parámetros de una economía mundial globalizada. El cambio tecnológico ha abierto nuevas oportunidades para la desagregación de los servicios y la ampliación de las funciones de los mercados [énfasis añadido] (Banco Mundial, 1997, p. 2).

Si bien esta narrativa no plantea que el Estado proteccionista sea abiertamente un enemigo del bienestar económico, la liberalización política y el cambio tecnológico, sí lo presenta entrelíneas como un lastre o freno “arbitrario y caprichoso”. Este nuevo relato optimista del mercado implicó la reelaboración de nociones como individuo, ciudadano, Estado, política, frontera, nación y mercado, entre otras.

La conexión establecida entre democracia y liberalización económica hoy nos puede parecer espuria, pero en los '90 no era tan evidente su artificial naturaleza. De hecho, esta asociación se filtró al espacio público. Se popularizaron de igual manera la *Teoría de los mercados autorregulados* (que planteaba que el mercado generaba su propia estabilidad si la esfera política no intervenía en la economía), así como la *Teoría de los arcos dorados*, cuyo argumento central se puede sintetizar de la siguiente manera: no puede darse un

conflicto armado entre dos países que tengan un McDonald's en su territorio porque esto implica que están integrados a la economía mundial, son beneficiarios de inversión extranjera y cuentan con “consumidores” (no ciudadanos) empoderados que promueven la democratización gradual y una paz cada vez más generalizada. (González, 2020, p. 118). Así planteado, todo parecía bastante simple: instaurar la democracia e integrar los mercados. Si la economía se podía autorregular, lo único que faltaba era soltarle las riendas y acercarse al régimen democrático que se presentaba como la política del compromiso, la tregua y la negociación.

Actualmente, tenemos claro todo aquello que las transiciones democráticas no podían dar por sí solas, pero, si volvemos en el tiempo, se puede apreciar que en los '90 hubo un optimismo que atribuyó esperanzas y beneficios a la democracia, que iban más allá de las elecciones libres. Era un optimismo que pretendía superar la dicotomía “izquierda” y “derecha”. Su bandera era la del desarrollo y la modernización. Parecía que una fiebre de madurez democrática, racional, cosmopolita y realista había invadido al mundo.

Este entusiasmo epocal les pareció a muchos un síntoma del fin de los metarrelatos, la ideología y los radicalismos, aunque en realidad se estaba forjando un nuevo mito: el de la democracia liberal y la liberalización económica. “La tercera vía” de Tony Blair, Michael Jackson en el Palacio del Pueblo de Bucarest, Frank Zappa y Václav Havel en República Checa, Bill Clinton en los Balcanes, David Hasselhoff en la Puerta de Brandemburgo, la banda *Scorpions* en el Parque Gorki de Moscú y la presidencia de Carlos Salinas de Gortari en México son algunas de esas figuras del optimismo vinculado a las transiciones democráticas, el mercado global y el avance tecnológico.

No quisiera dejar de subrayar que la visión del mundo que dominó en este momento histórico, que depositaba su confianza en la democracia liberal y en la apertura de la economía implicó, también, la decisión de no ver “la letra pequeña” que acompañaba el programa democrático y económico de fin de siglo. No todos eran buenos augurios. Hubo diversas señales de alerta que se prefirieron ignorar. En el propio *Informe de Desarrollo Mundial* de 1997 que he mencionado antes, se hablaba muy sucintamente de tres posibles peligros de los cambios político-económicos que se ponían en marcha: 1) mayor desigualdad, 2) inestabilidad macroeconómica y 3) sumisión del gobierno local a grupos de interés. No pasaría tanto tiempo para que esos peligros, apuntados al margen del proyecto optimista de fin de siglo, se transformaran en una realidad.

#### IV

En el libro *Fin de Siècle Social Theory*, Jeffrey Alexander (1995) rechaza el supuesto de que con el fin de la Guerra Fría se iniciase una época desideologizada, sin mitos ni metanarrativas. Para Alexander, en cada periodo histórico se construye una narrativa que define su pasado en función de las necesidades del presente y promete un futuro “mejor”. En este sentido, se puede afirmar que toda teorización del cambio social carga con mitos y escatología de algún tipo. Y a finales de la década de los ochenta y durante todos los años noventa se introdujo un nuevo mito en la teoría social: el de una época más allá de las ideologías, cuyo horizonte racional y deseable sería el de la democracia entendida bajo los preceptos liberales (Rabotnikof, 1992, p. 224).

Alexander (1995) observó en este fenómeno de finales del siglo XX una tendencia utopista que definió como “neomodernismo”. El utopismo presente en esta mirada contribuyó, según el autor, a que la historia fuese concebida teleológicamente; dándole a la narrativa democrática una fuerza incuestionable, tanto teórica como ideológicamente y que se empalmó a su vez con nociones positivas del mercado. En palabras de Nora Rabotnikof (1992), la democracia articuló una nueva visión del mundo y este debate “no contribuyó a la claridad conceptual en torno a la democracia, pero sí a su fortalecimiento como valor” (p. 224).

Si bien “democracia” fue el vocablo de los noventa dentro del terreno político, era realmente poco lo que se decía de sus límites y alcances. Como meta para alcanzar, en ese momento de euforia se optó por dejar esas minucias para cuando el régimen estuviese instaurado. Para la transición era importante aprovechar el *momentum*, aunque esto significase pensar que la democracia liberal vendría acompañada de bienestar y desarrollo; una clara sobrestimación del poder transformador del proyecto democrático, liberal y globalizante.

Este optimismo se puso en entredicho rápidamente. Ya en 1992, cuando Francis Fukuyama publicó *El fin de la historia y el último hombre*, algunas de las democracias que habían surgido con la caída del régimen soviético habían desaparecido. A pesar de estas primeras llamadas de alerta, la narrativa optimista no se debilitó significativamente. Será hasta que las esperanzas de bienestar material se enfrenten con las primeras crisis macroeconómicas cuando se discuta finalmente esta narrativa y visión del mundo.

Las grandes esperanzas colectivas, como enseña la historia universal, suelen llevar tarde o temprano a grandes desilusiones. En 2002, tras ocho años de crecimiento ininterrumpido y extraordinario, la economía estadounidense entró en recesión. Este fue uno de los primeros golpes al optimismo de la “nueva economía” impulsada por el desarrollo tecnológico y la globalización. Pero el golpe definitivo llegó en 2008, con la crisis mundial generada por los créditos hipotecarios, los dividendos, la compraventa de viviendas y la especulación financiera en general.

Este colapso generalizado, escribe González Ferriz (2020), será una de las consecuencias imprevistas, accidentadas y contradictorias de las decisiones que tomaron los líderes políticos y económicos de la década de los noventa (p. 14). Así la pesadilla se hizo realidad: aumentó la desigualdad, la macroeconomía se volvió inestable y el poder estatal fue rebasado por grupos de interés nacionales e internacionales. Niveles de desigualdad sin precedentes, violencia, crisis migratorias, cambio climático, desafección democrática, precariedad, terrorismo y narcotráfico se sumaron a los problemas sociales, fomentando malestar y resentimiento, sentimientos sociales que beneficiaron la expansión de narrativas y discursos extremistas que vehiculizan y politizan la nostalgia de pasados “mejores y más simples”.

Para Alessandro Gandini (2020), el espíritu de época del joven siglo XXI es la nostalgia, pero una muy distinta a aquella teorizada por Svetlana Boym (2001) al final del siglo XX. La nostalgia planteada por Gandini tiene su origen en el colapso del modelo social occidental que dominó después de la Segunda Guerra Mundial, construido como base de la cohesión social y el conducto a la “buena vida”. Esta nostalgia también se diferencia de la analizada por Boym porque está menos ligada al aspecto ideológico-

político y tiene sus cimientos en una dimensión mucho más concreta de la realidad social. Sus raíces están en los cambios perceptibles en la experiencia individual alrededor del trabajo, la seguridad, los procesos de producción, consumo y socialización, trastocados con los cambios tecnológicos y económicos.

Actualmente, es un hecho que no existe la movilidad social; los trabajos para la mayor parte de la población mundial no dan lo suficiente para comprar bienes o garantizar las necesidades básicas; no existen seguros médicos gratuitos de calidad ni planes de jubilación universales. Trabajar hoy en día no es lo mismo que tener empleo o derechos laborales. Este momento que vivimos ha comenzado a ser llamado “precariado”, un presente que no se parece en nada a las promesas de los “feroces noventas”. La tecnología no sirvió de nivelador entre países; la libertad individual se reduce al poder de consumo, y ni el Estado o el sector privado se encargan del bienestar social.

En este desafiante contexto que atraviesan a todas las sociedades, desde el primer mundo hasta los lugares más marginados, se ha comenzado a registrar un proceso de mitificación del pasado, una nostalgia de una historia remota o reciente que fue arrebatada por los “poderosos”, las “élites” u otros grupos sociales. Ese pretérito imaginado facilita una visión del pasado como un lugar mejor, un espacio al que se desea volver. La nostalgia se puede esparcir fácilmente porque apela a los sentimientos, en especial a los de grupos sociales en crisis, desplazados, desarraigados, vulnerables. Y con su narrativa les ofrece justicia, visibilidad, reivindicación o, en el peor de los casos, una descarga emocional. Otro elemento básico que brinda la nostalgia en sociedades con un tejido social desgarrado es la sensación de unión, de cercanía con otros que sienten y padecen los mismos males.

De los distintos sentidos que tiene la nostalgia dentro de sociedades en “crisis”, se podría deducir que los actuales sentimientos populistas o nacionalista que aglutinan la nostalgia no son producto de la manipulación o ignorancia social. El arrastre de estos movimientos no supone que sus partidarios estén cegados por emociones irracionales. Por el contrario, los mecanismos de seducción de la nostalgia populista y nacionalista son comprensibles, e incluso, racionales si se toma en cuenta el contexto histórico en el que se desarrollan.

## V

Estas nostalgias y sentimientos, en ocasiones extremos, constituyen su narrativa sobre la desilusión con los futuros prometidos, tanto por el proyecto socialista como por las ilusiones de las transiciones democráticas. *The Economist* proclamó recientemente que padecemos un brote nostálgico que tiene un reclamo común contra la globalización, las élites culturales, políticas y económicas. Incluso aquellas promesas de democratización, que caracterizaron el surgimiento del internet en sus primeras etapas, ahora son una decepción más, como ha mostrado, por ejemplo, el escándalo de *Cambridge Analítica*. Todo lo que prometió bienestar a finales del siglo XX, hoy parece conjurar en nuestra contra.

El cúmulo de insatisfacciones y problemas sociales generan dos tipos de reacción o posturas contrarias, así como dos tipos de nostalgias. Desde la crisis económica de

2008, en diversos países emanaron una serie de movimientos populistas, nacionalistas, xenófobos, antipolíticos y antidemocráticos. En Serbia, México, Rusia, Italia, Portugal, Estados Unidos, Brasil, Inglaterra, Colombia, Polonia y otros países se están configurando visiones específicas del pasado (remoto o reciente) y mitos nacionales que fácilmente son utilizados en beneficio de los intereses políticos del presente.

El retorno de fantasmas ideológicos, como el populismo o el nacionalismo ha generado que quienes creyeron o participaron en el proceso de transición democrática y confiaron en las virtudes de la democracia liberal se sientan hoy amenazados, desplazados y cuestionados frente a las proclamas de movimientos antipolíticos y antidemocráticos que han cobrado vigor y han vulnerado incluso algunos de los logros de la democracia procedimental.

Lo interesante es que, frente a este escenario nostálgico institucionalizado por el populismo actual, la respuesta de los defensores del régimen democrático tiene rasgos también nostálgicos. Aunque su punto de partida es más bien reciente, su “pasado mejor” fue la época optimista de la que hablé antes. El tiempo de las transiciones democráticas en el que parecía posible devenir modernos en un mundo política y económicamente estable. Una parte significativa de aquellos nostálgicos de la transición toman la afrenta populista como algo personal. Como si toda una generación que luchó contra el autoritarismo y la dictadura, impulsando la instauración del régimen democrático, se sintiera disputada a un nivel personal.

Esta reacción, un tanto visceral, no permite que muchos de esos críticos del populismo se pregunten sobre las razones reales por las que los discursos populistas y antidemocráticos atraen tanto a la sociedad. (No es la ignorancia, como afirman). Mucho menos hay una autocrítica de su participación en las transiciones democráticas o una aceptación de que el proyecto democrático en buena medida tuvo su cimiento en la esperanza, y mucho menos en indicadores objetivos. Y si bien es cierto que algunos populismos y nacionalismos son posturas antipolíticas y antidemocráticas, se debería de dedicar más tiempo a discutir qué malestares sociales están reavivando estas tendencias, en lugar de escribir cientos de páginas para hablar de estos fenómenos de manera peyorativa y forjando una narrativa en extremo benévola de las transiciones democráticas. Esta narrativa positiva de la etapa transicional, si no se revisa críticamente, posiblemente se convertirá en un nuevo mito político, así como en una nostalgia que frene la renovación del imaginario político.

¿Por qué calificar este optimismo transicional como nostalgia en potencia? El origen de la nostalgia transicional tiene su origen en el fin del siglo XX, en el optimismo noventero que miraba hacia un futuro luminoso apoyado en proyecciones, cálculos y racionalidad vinculados a la democracia y a la liberalización económica. La apuesta por esta específica forma de organización social se vio, en su momento, como la contraparte racional y moderada de las revoluciones, radicalismos y totalitarismo que habían fracasado y generado una nostalgia del “dañino” sueño socialista. Tres décadas después, esta apuesta en una nueva forma de organización social (democracia liberal y liberalización económica) se ha cuestionado política, económica y socialmente. Ese optimismo de los noventa comienza a develar su lado irracional, inexacto y desbordado, generando un nuevo estado de contrariedad y desaliento, el cual se ha convertido en el terreno perfecto para la creación y surgimiento de sentimientos nostálgicos.

Si retomamos la clasificación hecha por Svetlana Boym (2001), ¿qué tipo de nostalgia sería la transicional? ¿Restauradora o reflexiva? Yo diría que, al igual que la populista y nacionalista, se trata de una nostalgia restauradora. Ambas nos arrastran al pasado, supuestamente para reconstruir un pasado en el futuro, pero rara vez esto sucede porque estas narrativas suelen vehicularse políticamente para legitimar acciones y decisiones de determinados grupos de poder en el presente. Y ambas nostalgias (populista y transicional) son una amenaza para la democracia misma porque ninguna vuelve al pasado para hacer un ajuste de cuentas comprensivo de los errores que nos han llevado a donde estamos. Por el contrario, cada una de estas nostalgias busca destronar las narrativas del adversario, mientras rescatan y transfiguran un mito propio.

¿De qué es señal que estas dos nostalgias se batan día con día en el espacio público y que impregnen cada rincón de la vida social con discordia y polarización? Diría, sobriamente, que revelan el agotamiento de la imaginación política. Enzo Traverso (2012) lo dice claramente: “[l]a reactivación del pasado que caracteriza nuestra época es, sin duda, la consecuencia del eclipse de las utopías: un mundo sin utopías inevitablemente vuelve su mirada hacia el pasado” (p. 295). Se hace necesario encontrar un equilibrio entre estos dos extremos que sólo fomentan polarización y reduccionismos.

Volviendo a las tipologías planteadas por Boym (2001): ¿cómo convertir estas nostalgias restauradoras en reflexivas? Quizá un primer paso sea poner en duda la idea de que con la caída del Muro de Berlín la solución democrática liberal y el nuevo modelo económico permitieron que se superaran todos los conflictos de la organización social. Las primeras dos décadas del siglo XXI parecen indicar que nos adelantamos a dar por muertas viejas ideologías y desestimar las nostalgias de los pasados que no fueron. El resultado de este optimismo e ingenuidad ha sido la vuelta a un mundo de polos contrarios, de extremos y simplificaciones.

¿Y qué sentido tiene tratar de comprender las actuales narrativas políticas dominantes a partir del análisis de la nostalgia? En primer lugar, nos permite ver que, aunque se presenten como alternativas políticas, en realidad evitan, a su manera, la renovación del imaginario político de la sociedad y el reajuste de la brújula política que se averió con la caída del muro de Berlín. En segundo lugar, la presencia tanto de la nostalgia populista como la transicional, nos obliga a aceptar el incómodo hecho de que parece habérsenos acabado la capacidad para pensar en el futuro y formular formas de organización social y económica que mejoren la calidad de vida de la población mundial. No contamos con las herramientas para enfrentar los principales problemas actuales como el cambio climático, la violencia y la desigualdad.

## Consideraciones finales

Nuestras sociedades parecen envueltas en una tolvanera de problemas tan simultáneos y veloces que no dejan espacio para la reflexión. En este contexto, experimentamos el tiempo como trastocado e incomprensible. Para toda una generación de intelectuales y escritores, Francis Fukuyama (1992) vació el mundo de contenido, sentido y futuro y, para sobrellevarlo, se ha discutido incansablemente sobre la “crisis”, las “transiciones” y un “fin de la historia” que nunca llega. En cambio, han resurgido populismos, nacionalismos, así

como se han diseminado antiguas y nuevas nostalgias. La crisis en la que se ve envuelto el cuerpo político desde hace treinta años está fundamentalmente causada por el cambio total del sistema social (Koselleck, 2007, p. 255).

El anterior diagnóstico crítico del cuerpo político puede ser comprensible, e incluso correcto, para casi cualquier lector del siglo XXI. Pero ¿quién es este teórico que describe la esfera de la política después de la caída del muro de Berlín, un mundo en el que conviven Donald Trump, Vladimir Putin y Jair Bolsonaro? Quizá se experimente un poco de desconcierto al saber que la cita que refiero no es una descripción del mundo actual, sino del siglo XIX, específicamente del año 1824. En ese mismo año, Henri de Saint Simon se sentó a describir el espíritu de su época. El hecho de que nos podamos identificar con sus ideas en pleno siglo XXI es sumamente interesante.

La adaptabilidad de los sentimientos de crisis, decadencia, nostalgia y desencanto a lo largo de la historia en ocasiones resulta así de confusa si no se tiene una perspectiva de largo aliento de los fenómenos sociales. Por ello, es primordial recordar que la nostalgia es un fenómeno recursivo y casi siempre inofensivo. A nivel individual volvemos al primer amor o a la música que nos gustaba de jóvenes. Hasta somos nostálgicos con las cosas o eventos que no fueron o no vivimos, eso que Arjun Appadurai (1998) llama “nostalgia imaginada”. Pero en un plano político, la nostalgia puede ser un síntoma de que como sociedad nuestra capacidad de imaginar un futuro ha menguado.

Pero esta consciencia del agotamiento no es necesariamente algo malo. La nostalgia también es un “marcador cultural”, un indicador de viraje sin un rumbo definido y que, por tanto, se puede construir en el presente. La nostalgia “recursiva”, escribe Gandini (2020), es un rasgo social, un indicio de reformulación de la relación entre racionalidad, emoción ciencia y espíritu. Nos encontramos en un interregno de posturas nostálgicas, extremismos y polarización, pero incluso bajo esas condiciones se pueden elaborar otros horizontes de posibilidades que yacen latentes entre las grietas. Nuestra labor es dar con ellos (Gandini, 2020, p. 139).

Para transformar el conjunto de elementos simbólicos a partir de los cuales construimos la sociedad, así como nuestra propia experiencia de ella, necesitamos renovar nuestro imaginario político. Estas reflexiones en torno a la nostalgia socialista planteada por Svetlana Boym (2001) y la nostalgia transicional que podría estar gestándose, más que ser un análisis puntilloso del fenómeno, es un llamado a repensar el pasado en lugar de huir de él o refugiarnos en sus jardines edénicos. Actualmente, comienza a crecer una necesidad de reconstruir crítica e históricamente los procesos transicionales en países como Argentina, Rumania, Colombia, México, entre otros. Es posible que estas investigaciones no sólo ayuden a comprender el origen de los fenómenos nacionalistas, populistas y extremistas, sino que sirvan para transformar las nostalgias restauradoras que nos acosan en nostalgias reflexivas que renueven nuestro imaginario político.

## Bibliografía

- Alexander, J. (1995). *Fin de Siècle Social Theory*. Verso Books.
- Appadurai, A. (1998) *Modernity at Large: Cultural Dimensions of Globalization*. University of Minnesota Press.
- Banco Mundial. (1997). *Informe sobre el desarrollo mundial 1997: El Estado en un mundo en transformación*. Recuperado el 5 de julio de 2022, de <https://documents1.worldbank.org/curated/en/973681468778813985/pdf/341310spanish.pdf>
- Banco Mundial. (2008). *The New Wave of Globalization and Its Economic Effects*. Recuperado el 5 de julio de 2022, de [https://documents1.worldbank.org/curated/en/954071468778196576/310436360\\_20050007015044/additional/multi0page.pdf](https://documents1.worldbank.org/curated/en/954071468778196576/310436360_20050007015044/additional/multi0page.pdf)
- Berman, P. (1997). *A Tale of Two Utopias. The Political Journey of the Generation of 1968*. W.W. Norton & Company.
- Boym, S. (2001). *El futuro de la nostalgia*. Antonio Machado Libros.
- Escalante, F. (2015). *Historia mínima del neoliberalismo*. El Colegio de México.
- Fukuyama, F. (1992). *The End of History and the Last Man*. Penguin.
- Furet, F. (1995). *El pasado de una ilusión. En ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX*. Fondo de Cultura Económica.
- Gandini, A. (2020). *Zeitgeist Nostalgia: On populism, work and the “good life”*. Zero Books.
- González Ferriz, R. (2020). *La trampa del optimismo. Como los años noventa explican el mundo actual*. Debate.
- Hayek, F. (2005). *The Road to Serfdom*. Routledge.
- Inglehart, R. (1997). *Modernización y posmodernización: el cambio cultural, económico y político en 43 sociedades*. Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Koselleck, R. (2007). *Crítica y crisis. Un estudio sobre la patogénesis del mundo burgués*. Trotta.
- Lechner, N. (2002). *Las sombras del mañana. La dimensión subjetiva de la política*. LOM Ediciones.
- Rabotnikof, N. (1992). El retorno de la filosofía política: notas sobre el clima teórico de una década. *Revista Mexicana de Sociología*, LIV (4), 207-225.

Traverso, E. (2012). *La historia como campo de batalla. Interpretar las violencias del siglo XX*. Fondo de Cultura Económica.

Trejo, G. y Ley, S. (2022). *Votos, drogas y violencia. La lógica política de las guerras criminales en México*. Debate.

Zapata, F. (1993). Democracia, corporativismo, elecciones y desigualdad social en América Latina. En CES (ed.), *Modernización económica, democracia política y democracia social* (pp. 11-35). El Colegio de México.